



El peso de la salud, la enfermedad y la sanidad

The Weight of Health, Disease and Health Care

■ José Luis Puerta

■ Hace unos meses fallecía el pensador y ensayista Ivan Illich que tanta influencia tuvo a finales de la década de los años setenta. En su obra *Medical Nemesis*, escrita hace un cuarto de siglo, apoyándose en estadísticas descriptivas, afirmó que los progresos médicos no han tenido mucho efecto sobre la salud de la población, a la vez que denunciaba el trasfondo venal que subyace en la medicina y su porción de irracionalismo. Para Illich la sociedad actual está totalmente "medicalizada", hasta el punto que incluso "la vejez, que en diversas instancias era considerada un privilegio dudoso o un final patético pero nunca una enfermedad ha sido puesta recientemente bajo las órdenes médicas". En su artículo, *Ivan Illich: cristianismo radical y crítica de la sociedad tecnológica*, González Quirós nos expone su punto de vista sobre lo que quería decirnos este heterodoxo —aunque congruente— jesuita.

No es fácil establecer si son acertadas o no las posiciones de Illich, pero lo que no cabe duda es que la salud y la enfermedad, y la forma en que las interpreta la medicina de cada época tienen una esencial influencia en la biografía de las personas y aun en la historia de las sociedades. Y en cierta medida, esto se nos desvela en el interesante y bien documentado artículo, *La tuberculosis en la obra de Cela*, que ha preparado Santiago Prieto. ¿Hasta qué punto el proceso fímico y la cura higiénica de la era preestreptomocínica, en boga en la década de los años cuarenta, y que consistía en mucho reposo, aire libre y sobrealimentación (comer mucho, vomitar, descansar un rato, beber media taza de tila o manzanilla y volver a empezar), no despertó o, cuando menos, ayudó a consolidar la vocación literaria de Cela? El Nobel nos cuenta en su obra autobiográfica *Memorias, entendimientos y voluntades*, que en su prolongado reposo en el hospital de la sierra madrileña, lee a Ortega entero y de cabo a rabo. Para luego devorar la colección completa del Ribadeneira (setenta tomos). El tomo setenta y uno, el de los índices, le servía de testigo de la labor diaria; no se salta ni una página y cuando se da cuenta de que lee distraídamente, vuelve atrás. Cada volumen cumplido es un triunfo, una piedra más en el trabajoso y necesario edificio que tiene que levantar para poder empezar su andadura como escritor...

Desde otro ángulo, el artículo de Milton Friedman, *Cómo curar la sanidad*, incide en el mismo tema: el peso que la salud, la enfermedad y la medicina tiene en nuestras vidas. La enfermedad es la segunda causa de ruina familiar en EE.UU.; donde se dedica más del 15% del PIB a la sanidad. Con independencia de cómo esté organizada la sanidad, ningún país en el mundo se acerca a un porcentaje parecido a éste. La magnitud del gasto sanitario en la economía estadounidense ha experimentado un cambio verdaderamente impresionante. Sirva de escaparate de dicho cambio, el hecho de que en 1946 los estadounidenses gastaron siete veces más en comida, bebidas y tabaco que en sanidad; 50 años más tarde, en 1996, se gastó más en sanidad que en comida, bebidas y tabaco. Friedman hace un fino análisis sobre: cuáles fueron los determinantes que condujeron al espectacular crecimiento del gasto sanitario; cómo éste se relaciona con la esperanza de vida y el estado de salud de la población; las especiales características del aseguramiento sanitario estadounidense; el efecto lesivo de la burocratización en la medicina; la figura en el mercado sanitario de un tercer pagador, y el descontento —a pesar del enorme esfuerzo presupuestario— de médicos y usuarios con el sistema.

Y es precisamente ahí, en esa insatisfacción de los ciudadanos con el sistema sanitario y en la falta de respuesta que encuentran, en muchas ocasiones, a sus problemas dentro de la medicina alopática tradicional, donde ve el médico y ensayista Ronald Dworkin, *El renacimiento de la medicina alternativa*, una razón casi suficiente para explicar el porqué nuestra sociedad está recurriendo a la llamada medicina alternativa y complementaria (*complementary and alternative medicine*). A la postre, ésta se está haciendo cargo de aquellos aspectos que antes atendían los médicos y que ha abandonado la hemipléjica medicina actual, solo interesada en la vertiente técnica y económica de la práctica. Satisfechos de ser en primer lugar científicos y en segundo ingenieros del cuerpo, los médicos han puesto en manos de otros, sin muchos escrúpulos, los aspectos emocionales, morales y espirituales de la atención al paciente. Así, en el año 2000 había registrados en Inglaterra más curadores de medicina alternativa que *general practitioners*; y en EE.UU. se contabilizaron 425 millones de visitas a los practicantes de terapéuticas alternativas, frente a las 388 millones de visitas que recibieron los médicos de atención primaria. En ese mismo año, los estadounidenses gastaron 10.000 millones de dólares (cifra que supera con holgura todo el gasto farmacéutico español) en hierbas, vitaminas y suplementos dietéticos. Todo parece indicar que los médicos hemos olvidado las enseñanzas del gran internista del siglo pasado, Viktor von Weizsäcker, quien nos explicaba que la relación entre el médico y el paciente debería ser de "camaradería itinerante", y nos prevenía de que el acercamiento al paciente con una idea determinada y típica del hombre-biología equivalía a matar la posibilidad de un relación clínica "auténtica". Procediendo así, insistía von Weizsäcker, el médico no puede conocer la verdadera "necesidad" del individuo que le consulta, ya que tiene su mente orientada hacia valores, cánones y realidades ajenos al paciente.

Pero antes de acabar, y cambiando ya de tema, me gustaría llamar la atención del lector sobre un original artículo, *Las visiones apocalípticas de Beato de Liébana*, del que son coau-

tores Antonio Martín Araguz y Cristina Bustamante. En él nos adentran en el papel central que tuvo en el desarrollo del arte medieval el códice llamado *Comentario al Apocalipsis*, y que fue escrito por Beato de Liébana (siglo VIII) para explicar a las comunidades cristianas hispanas altomedievales la críptica obra de san Juan. Los autores nos exponen —mediante un texto plagado de curiosidades— la interpretación que hizo Beato sobre el *Apocalipsis* y el final de los tiempos, que en aquel entonces se fijaba en torno al año 800. También, se debe a Beato el himno *O Dei Verbum* donde, por primera vez en la historia se presenta al apóstol Santiago como evangelizador de España, lo que facilitó el descubrimiento de su tumba por Teodomiro, obispo de *Iria Flavia*, y que fue la chispa que encendió una importantísima devoción que aglutinaría a los escasos y dispersos cristianos del norte de la península Ibérica en la causa común del nacimiento de nuestra nación, España.

Finalizo agradeciendo a los lectores que nos animan —con sus críticas y elogios— a seguir esforzándonos por sacar cada seis meses una publicación que quiere ser exigente, interesante e independiente, y a nuestros benefactores (Fundación Pfizer y Fundación Sanitas) por el apoyo incondicional con que nos obsequian. Hasta el próximo mes de noviembre.

José Luis Puerta
(rhum@stmeditores.com)